PRIMA MEDITAZIONE: SALMO 62 E L'ESPERIENZA DEL DESIDERIO

[1] *Salmo di Davide, quando dimorava nel deserto di Giuda.*

[2] O Dio, tu sei il mio Dio, all'aurora ti cerco,
di te ha sete l'anima mia,
a te anela la mia carne,
come terra deserta, arida, senz'acqua.

[3] Così nel santuario ti ho cercato,
per contemplare la tua potenza e la tua gloria.
[4] Poiché la tua grazia vale più della vita,
le mie labbra diranno la tua lode.

[5] Così ti benedirò finché io viva,
nel tuo nome alzerò le mie mani.
[6] Mi sazierò come a lauto convito,
e con voci di gioia ti loderà la mia bocca.

[7] Nel mio giaciglio di te mi ricordo
penso a te nelle veglie notturne,
[8] Tu sei stato il mio aiuto,
esulto di gioia all'ombra delle tue ali.

[9] A te si stringe l'anima mia
e la forza della tua destra mi sostiene.
[10] Ma quelli che attentano alla mia vita
scenderanno nel profondo della terra,

[11] saranno dati in potere alla spada,
diverranno preda di sciacalli.
[12] Il re gioirà in Dio,
si glorierà chi giura per lui,
perché ai mentitori verrà chiusa la bocca.

No hace mucho tiempo tuve la oportunidad de hacer un viaje a un lugar precioso, y no digo el nombre para no causar envidias, pero para que me saliera más económico tenía que madrugar bastante para coger el avión; tal era mi afán por conocer aquella ciudad que la emoción casi ni me dejó dormir o quizá fue el ansia de perder el vuelo, lo cierto es que poco descansé, una cosa que a veces a todos nos pasa antes de viajar; tan es así, que mucho antes de que sonara la alarma yo me encontraba ya despierto dando vueltas en la cama. Realmente me sentía muy contento de poder viajar. Llegados a la urbe, a la entrada se levantaba un colosal arco que daba la bienvenida a los visitantes; en general, me sorprendió cómo de bien se conservaban las murallas y los monumentos, pero especialmente la majestuosidad de un castillo

céntrico que parecía de ensueño, son de esos momentos en que te dices admirado: “mira de cuántas cosas es capaz el hombre”. No había atravesado el parque central cuando ya había tomado más de un centenar de fotos. El calor se acentuaba en la medida en que iba pasando las horas y deseaba llegar pronto a un bar para tomarme una buena cerveza y refrescarme. Girando por las callejuelas me fui encontrando con algunos postrecitos que me llamaron mucho la atención y tentado por el deseo, fui comprando algunos para saciar mi glotonería. Cuando por fin encontramos un puesto para comer, probamos la exquisitez gastronómica y no pudimos más que hablar maravillas de aquella localidad. entonces dije a los comensales: “esto sí que es la buena vida, «comamos y bebamos que mañana moriremos» (Is 22,13)” a lo cual todos nos echamos a reír.

En realidad, esto que les he contado no sucedió literalmente, pero ciertamente es la experiencia general de muchos momentos que hemos podido vivir y cuando leía el salmo 62 me venía a la cabeza que más allá de sentir todas estas cosas por Dios, de esforzarme por madrugar, impresionarme por sus maravillas, desearlo como una bebida, ansiarlo como un alimento, estas cosas más bien las he sentido por un viaje, por una comida o una experiencia pasajera. Iniciado mi camino en la vida religiosa siempre me cuestionaba por qué no podía sentir fácilmente todos esos anhelos en mi corazón, esas ganas de desvelarme por Dios; por qué mi boca prefería alabar cosas materiales y no tanto las espirituales, por qué estaba dispuesto a hacer tantos sacrificios para vivir algunos deleites, pero no lo estaba para deleitarme de Dios.

En un momento dado creí que definitivamente el sacerdocio y la vida religiosa no era mi camino porque no podía sentir lo que yo veía en otros hermanos tan encumbrados o quizá aparentemente místicos, mientras yo mantenía con vulgares sentimientos e ideas pecaminosas en mi corazón, incluso en los momentos de oración. Me repetía: “este no es tu lugar, eres un hombre de una conciencia oscura que piensas, no como Dios, sino como los hombres de deseos impúdicos y extravagantes”. Me cuestionaba: Si siempre deseas carnalmente, ¿cómo podrás guiar a otros a desear espiritualmente? «¿Puede un ciego guiar a otro ciego?» (Lc 6,39). Me aterraba la idea de llegar a cometer un delirio y convertirme en un religioso escandaloso, contribuyendo a desgastar más la imagen de nuestra Iglesia. En definitiva, ¿podía un hombre como yo con un corazón plagado de deseos mundanos estar en un convento? no les miento cuando digo que mi maleta estuvo lista para

irme, pero vino el Señor en mi auxilio y me enseñó que, como con San Agustín, también Él podía sanar mi corazón, o mejor, hacerme entender que él amaba mi ser y mi pobre persona con todas sus falencias.

En un momento dado tuve la oportunidad de comprender mucho mejor el camino de conversión de nuestro Padre, a través de sus afamados tres pasos: «conócete a ti mismo, acéptate a ti mismo y supérate a ti mismo», gracias a la guía de un hermano agustino recoleto. Supongo yo que la mayoría de ustedes son bastante peritos en estos temas agustinianos, en tanto yo soy a penas un neófito, por tanto no me siento en la capacidad de instruir a nadie, pero sí me atrevo a compartirles mis breves confesiones para dar Gloria a Dios por su obra en mi pobre creatura, y como punto de partida para la meditación del Salmo 62 que es el cántico del deseo de Dios.

En cuanto al primer paso, creí conocerme muy bien, pues era consciente de todas mis miserias y no dejaba de castigar mi mente por ellas. Lo interesante con San Agustín fue descubrir que no simplemente yo era un cúmulo de pecados, sino la obra amada de Dios que por sí misma manifiesta sus Glorias, y esa Luz de su presencia en mi interior brillaba más fuerte que toda la fealdad de mi ser. Conocerme de este modo encendió en mí una llama de alegría y esperanza como nunca, porque me entendía como el hombre más privilegiado y amado, pues «donde abundó el pecado, allí sobre abunda la Gracia» (Rm 5,20), y esta «Gracia vale más que la propia vida» dice hoy nuestro salmo.

A penas había dado el primer paso con San Agustín y ya me había cambiado el semblante, no obstante, no había cambiado mi triste inclinación al pecado, ésta permanecía intacta a pesar de ser ahora más consciente de las maravillas de Dios en mí. Conocerme me hizo ver todas las cosas que había hecho, lo que había aprendido, lo que había deseado, y cómo todo esto había modelado mi personalidad, creando mis virtudes y mis vicios, mis anhelos y mis miedos. En conclusión, si me comparo con el salmo 62, creo que estaba bastante lejos de todos esos buenos deseos, pues no me era posible amar con facilidad al Señor y seguía amando las criaturas y las vanidades.

El siguiente paso era aceptarme a mí mismo, no obstante, como es evidente, había puesto mucho énfasis por entender las fuentes de mis desvíos y no tanto en aceptar las tendencias marcadas por el pecado, típico de un alma sumida en los escrúpulos. Gracias a Dios, San Pablo irrumpió en ese momento de mi vida para enseñarme que Dios quería

mi debilidad para en ella mostrar su grandeza (2Cor 12,9). Es decir, ya no debía preguntarme tanto ¿por qué era así como era? sino ¿Para qué era como era? Para que en mi debilidad resplandeciera su Gracia. Solo entonces, entendí que su Voluntad no era arrancar mi naturaleza carnal, ya enferma por el pecado, sino sostenerme y fortalecerme con su Gracia para no caer en la tentación. Ahora sí puede aceptarme, amarme con mis más y con mis menos, comprender que el Señor no me despreciaba por mi flaqueza. Ahora, leer salmos como el 62 o el 41, el de la cierva sedienta, o la vida de los santos, dejó de ser un tormento para mí, pues estos deseos de buscar a Dios, de anhelarlo como tierra reseca, de desvelarse para meditar en Él, como allí se mencionan, no vienen naturalmente de nuestra carne sino suscitado por su Gracia.

El último paso con Padre San Agustín, supérate a ti mismo, estaba servido, era su Gracia que todo lo puede. Sin embargo, creí que todo sería más fácil, que pediría el auxilio y Él todo lo cambiaría definitivamente. La cosa jamás ha sido así, Dios no pretende que me engría y por eso ha dejado todos y cada uno de los aguijones clavados en mi carne (2Cor 12,7), de modo que nunca me crea convertido definitivamente y siempre lo necesite a Él para buscarlo a Él. Cómo Dios va despertando el deseo en una alma y cómo ese deseo también lo podemos perder, es el tema que trataremos en la segunda charla, por eso, ahora que he compartido de forma escueta con ustedes mi experiencia del deseo de Dios, me gustaría que cada uno pudiera hacer este mismo ejercicio de manera personal mirando en qué punto se encuentra, siendo total y completamente honestos consigo mismos y entendiendo que por más que el pecado o el descuido hayan gobernado nuestros caminos, siempre hay esperanza de ser buscadores de Dios, del anhelo por la santidad.

ANALICEMOS EL SALMO 62

Para que tú, hermano, también te puedas ver como en un espejo quisiera brindarte algunas luces que te ayuden a entender mejor este salmo 62 y así puedas descubrir la verdad de ti mismo con respecto a tus deseos, si se dirigen a Dios o si están tan viciados como los míos y necesitas de ayuda celestial para ser sostenidos. El salmo, que casi nos lo sabemos a memoria porque lo rezamos en las laudes durante las grandes celebraciones y los primeros domingos, es conocido como el salmo del deseo de Dios, pues el salmista se presenta como un orante

que lo anhela con todas sus fuerzas. Santa Teresa de Jesús decía que llegamos a Dios a través del deseo, un deseo que es semejante al de la sed, es decir, una necesidad de nuestro cuerpo que es vital. «Sin la sed de Dios también nos morimos», dice ella en el *Camino de perfección*. San Gregorio Nacianceno, decía en el siglo cuarto, «Dios tiene sed de que tengamos sed de Él».

El salmo entraña diversos escenarios y temáticas, como el lecho, la tierra reseca, la sed, el templo, la vida, la Gracia, el banquete, las alas, los enemigos del rey, etc. Por esto podemos considerar verdaderamente el salmo 62 como una oración, ya que así nos pasa cuando estamos delante del Señor, hablamos de todo un poco y pasamos de un escenario a otro. Pero a pesar de ser variopinto y mezclar diversas formas de oración, su hilo conductor es una tensión entre la búsqueda y el encuentro con Dios.

¿Quién es el orante? Él se retrata a sí mismo en la última línea, en el versículo doce, cuando dice: «Il re gioirà in Dio, si glorierà chi giura per lui, perché ai mentitori verrà chiusa la bocca». Se trata, pues de un rey. Incluso, en la introducción del salmo, en el versículo uno, una adición que se agregó tardíamente, se nos dice que ese rey era David y que estaba en el desierto en una situación de peligro, probablemente cuando era perseguido por el rey Saúl; estando allí experimenta obviamente la sed, el hambre, la inseguridad, el anhelo por volver al Templo; es en ese contexto que se entiende la sed de Dios y con el cual tiene una profunda relación personal.

Atendiendo a su realeza, nos damos cuenta que es el salmo del responsable de un pueblo, la cabeza de una comunidad y no simplemente el hombre ensimismado en sus necesidades. Es en este rol donde nosotros como sacerdotes y religiosos orantes también nos podemos encontrar como autores y protagonistas de este salmo, pues se trata de la oración de una persona que preside la comunidad, pero ahora resulta que está cansada y perseguida. El rey David que había sido elegido precisamente por su atrevida confianza en Dios, al ocuparse de miles de tareas que su ministerio le demanda, poco a poco comienza a sentir que no tiene espacio para lo fundamental, no tiene tiempo para el Dios que lo llamó y, además, se siente oprimido por los mentirosos, los que le hacen la vida imposible. Es por eso que el orante siente nostalgia, nostalgia de aquellos días primeros, del amor primero, así como cuando antes lo buscaba en el Santuario. Se da a entender que la relación del orante con Dios va más allá de un formalismo e indica

una intimidad, podríamos decir, esponsal: los pensamientos en el lecho, la sed desgarradora, los labios que se abren jubilosos, sus amores que valen más que la vida, el gozo de estar entre sus alas, su ser apretado contra él, etc., es la Alianza del Sinaí hecha oración «Yo soy tu Dios y tú eres mi pueblo».

A pesar de evidenciar una fuerte relación, la comunión está incompleta, el orante es un hombre sediento, hambriento, deseoso, nostálgico y por eso quiere llenar su vacío con una búsqueda intensa madrugando o velando. Esto quiere decir que tanto el salmista como nosotros todavía no soy suyos, pero estamos en camino, un camino que el mismo salmo nos trazará. Los primeros versículos, 2 y 3, presentan la imagen de la sed dramática por Dios del orante, una búsqueda casi de manera física, vital, yo diría, animal, pues es un impulso interior reflejado en la palabra hebrea *Nefesh* que literalmente significa garganta, aquella en la cual se experimenta la sed, no obstante, es tan poderosa esta sed que en este versículo se suele traducir con las otras acepciones del término: alma o ser. Aquí la que tiene sed es mi alma, no mi garganta, todo mi ser le quiere. Es más, este deseo del Señor es tan fuerte que se siente en el cuerpo entero, la sed se somatiza y por eso dice el orante: «Por ti, languidece mi cuerpo, mi carne».

Todos podemos tener ideas universales sobre ciertas experiencias: sabemos, por ejemplo, que el fuego quema, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta es experimentar el calor del fuego al tocarlo. De igual manera, entendemos que el agua sacia la sed, pero no es lo mismo saberlo en teoría que disfrutar un vaso de agua fresca en una tarde de verano. Del mismo modo, podemos conocer la idea de que Dios es amor, que es Padre, pero es muy diferente cuando, en un momento de profunda reflexión u oración, nos sentimos envueltos y compenetrados con su presencia. Es en esos momentos donde experimentamos de manera real y personal que Dios es amor, no porque nos lo hayan contado o predicado, sino porque lo hemos vivido.

Nosotros con el salmista comenzamos a parecernos a la tierra desolada de Palestina que en los días del verano se halla más seca que nunca, clamando una gota de agua. Cuando el salmo menciona el agua, está hablando de algo fundamental para la vida. Israel, aunque es desértico, no es completamente árido; cuando comienza a llover, inmediatamente florece. Es una tierra que está clamando al menos una gota de ese elemento vital, esa gota de agua que cuando toca la tierra, inmediatamente la hace reverdecer. «Deseo esa gota de agua, Señor, porque cuando Tú derramas tu agua viva, brotan mis frutos; cuando

desbordas tu amor, inmediatamente todo cambia» dice el Biblista Fidel Oñoro.

Y es precisamente éste el corazón de la segunda parte del salmo, que va de los versículos 4 al 9, con la frase «tu amor es mejor que la vida» que representa la saciedad del orante en las delicias de Dios, podríamos traducirla así: «tu amor es el mayor valor de mi vida» o mejor aún, «vale más que mi vida misma». Este hombre no había encontrado a Dios porque no había colocado el amor divino en el centro de su existencia, no se sabía amado del Señor; pero una vez que se descubre amado, esa gota de agua de la que hablábamos, recuerda dónde encontrarla, en el Santuario de Dios, contemplando su poder y su gloria. Una vez encontrada la fuente de los deleites divinos el orante se da cuenta que es más de los que una gota, es un diluvio de bendición.

Una vez que colocamos el *Hesed* de Dios, es decir, su bondad, su misericordia, su ternura, su amor, su Gracia, por encima de nuestras existencias, las oscuridades que gobernaban el panorama cambian inmediatamente. Esta segunda parte proclama lo que ocurre cuando una persona busca a Dios: que buscándolo se da cuenta que Él lo había buscado primero, que el amor de Dios ya ha estado presente en su existencia, solo que no había dejado que el agua entrara en él. No se había dejado amar. Por eso cuando se deja amar, ahora sí el orante está dispuesto a orar con pasión: «por eso mis labios te alaban jubilosos», oración vocal, y enseguida dice: «y mis manos se levantan, se alzan hacia ti para alabarte» oración suplicante y victoriosa. Todo se convierte en un banquete, en un jubilo febril, lo que ocurre durante de las cenas festivas en Israel donde se come, se canta y se danza, y esto lo siente con creces el salmista.

Espero que esté siendo claro el cambio de la tonalidad en la oración del Salmo: hemos pasamos del "*Me siento sediento de Ti, lejos de Ti, me haces falta, Señor*" al "*Estoy lleno de júbilo, estoy en tu presencia, te alabo y me siento protegido*". Éste es el camino del orante, nuestro propio camino que cambia cuando nos vemos completamente necesitados, mendigos así sea de una gota de agua, cuando dejamos de considerar que lo estamos descubriendo a través de nuestras capacidades como si fuera Él un objeto de estudio, cuando pasamos a vernos como menesterosos de su amor, solo entonces es que nos dejamos sorprender de su belleza, de su ternura, de su amor lunático por nosotros. Siendo la cosa así, cómo no gritar: "Toda mi vida te bendeciré porque todos los días tu amor siempre está en mí, pero no me había dado cuenta. Ahora soy consciente y por eso mis labios te

alaban y mis manos se levantan. Es más, tú eres mi hartura, tu amor llena mi existencia como el mejor de los banquetes".

Luego de tanto jolgorio y alegría el orante se va a dormir, pero como le puede pasar a los enamorados, se le va el sueño, es el insomnio de un alma embelesada: "Señor, tu amor me ha quitado el sueño. Acostado me vienes a la mente. Cómo no pensar en ti, cómo no pasmarme de tanto amor y tanta ternura. Sentirme valioso para Ti me quita el sueño y mi noche se convierte en una vigilia hermosa que me lleva a contar las obras de tu amor conmigo". Este amor está dibujado en el verso 8 con un ave que recoge bajo sus alas a sus polluelos, es el amor protector de una madre que cubre su nidada, aunque también se presenta en el versículo 9 con el amor masculino de un padre que tiende su fuerte diestra y asegura al niño pequeño y lo conduce de la mano; aquellos niños amados somos nosotros que permanecemos cobijados en la casa de Dios. Pero además también se delinea el amor de un esposo, pues dice: «mi alma, mi ser, se aprieta contra Ti», es el momento de mayor intimidad, de total comunión con el Amado. Es en este punto donde la Alianza queda completa, donde con el orante somos completamente suyos, y nuestro corazón se aprieta contra el suyo, y Él vive en nosotros como nosotros vivimos en Él.

Quisiéramos que todo el salmo terminara allí, como bien lo hace la liturgia de horas, pero no, aún nos falta una tercera parte menos conocida, los versículos 10 al 12, y que son el canto de la victoria sobre la maldad, donde la espiritualidad sale del peligro del intimismo de creer que todo se reduce a una relación unipersonal con el Señor y nos recuerda que hay un pueblo que se debe alegrar con nosotros. El que está en Dios, abraza la causa de Dios, se identifica con Dios y su pueblo. Así también, estos últimos versos nos invitan a eliminar del horizonte el mal, el pecado, lo que se opone a Dios, combatir contra todas las esclavitudes que someten y engañan a nuestro pueblo. Quien está en Dios y Dios en él, ya no puede ver las cosas que le rodean de la misma manera y por ello debe sacar de en medio la maldad, aquello que le pueda separar de su Amor, tanto a él como a su Pueblo.

Ahora que hemos hecho un repaso general de este salmo, les invito hermanos a meditarlo personalmente haciendo un examen de cómo nos encontramos en este momento en el camino de la búsqueda de Dios, si andamos como tierra seca, si en el banquete jubilosos, si en plena comunión con el Amado o combatiendo contra el pecado que nos separa. Para este ejercicio les voy a compartir el salmo a modo de preguntas para cuestionarnos. Les pido que de verdad saquemos el

tiempo para ello, no se imaginan cuánto bien me ha hecho preparar estas charlas y ponerme delante de este salmo. Por último, también adjunto el comentario de nuestro Padre San Agustín sobre el mismo. No he querido hacer esta reflexión con base a su comentario porque creo que vale la pena leerlo todo porque no hay desperdicio en éste.

Comentario del Salmo 62 de Nuestro Padre San Agustín

¿Has vivido un desierto?

La vita presente è un deserto.

3. [v 1.] Questo salmo ha per titolo: Per David stesso, quando era nel deserto dell'Idumea (La bibbia ebraica dice *Giuda*). Con il nome di " Idumea " si intende questo mondo. Gli idumei infatti erano un popolo nomade che adorava gli idoli. Tale Idumea non è presentata come una realtà buona. Se non è considerata un bene, dobbiamo vedere raffigurata in essa la vita presente, durante la quale incontriamo tante sofferenze e fatiche e dove siamo soggetti a tante miserie. E questo è il deserto in cui si soffre atroce la sete: e ora voi udrete precisamente la voce di uno che ha sete nel deserto. Ma se ci riconosceremo nell'assetato, ci riconosceremo anche nel dissetato. Poiché chi in questo mondo ha sete, nel mondo di là sarà ristorato, come dice il Signore: «Beati coloro che hanno fame e sete di giustizia, perché saranno saziati». Non dobbiamo dunque, finché siamo in questo mondo, diventare schiavi della sazietà che esso ci offre. Qui dobbiamo aver sete; là saremo rifocillati. Ma, affinché non veniamo meno in questo deserto, Dio ci irrora con la rugiada della sua parola, e non ci lascia inaridire del tutto come meriteremmo se egli esigesse da noi un conto severo. Ci fa, sì, provare la sete ma poi viene ad appagarla. E, per dissetarci, ci irrora con qualche sua grazia. Tuttavia la sete rimane. E che cosa dice a Dio l'anima nostra?

Oh Dio, sei davvero il mio Dio?

Ti ho cercato dall’alba?

Benefico il sonno fisico, orribile il sonno spirituale.

4. [v 2.] Dio, Dio mio, presso di te veglio fin dall'alba. Che significa " vegliare "? Significa " non dormire ". E " dormire " che cosa significa? C'è un sonno dell'anima e c'è un sonno del corpo. Tutti dobbiamo avere il sonno del corpo, perché, se non si avesse il sonno del corpo, l'uomo non reggerebbe e il corpo verrebbe meno. Il nostro fragile corpo non può infatti sostenere a lungo l'anima perennemente vigile e intenta ad agire. Se l'anima sarà a lungo intenta alle sue azioni, il corpo, fragile e terreno, non la potrà reggere, non riuscirà a sostenerla nel suo perpetuo agire: verrà meno e soccomberà. Per questo, Dio ha accordato al corpo il dono del sonno con il quale vengono ristorate le membra, in modo che possano reggere, l'anima vigile. Quello che dobbiamo evitare è il sonno dell'anima nostra. Brutta cosa è il sonno dell'anima! Tanto brutta quanto bello è il sonno del corpo, con il quale si ristora la salute. Sonno dell'anima è dimenticare Dio; e ogni anima che dimentica il suo Dio dorme. Per questo l'Apostolo si rivolge a certuni che avevano dimenticato il loro Dio e, come in preda al sonno, si abbandonavano ai vaneggiamenti del culto idolatrico. Così infatti si comportano coloro che adorano gli idoli: come coloro che nel sonno vedono fantasmi. Se invece la loro anima si svegliasse, comprenderebbe da chi è stata creata e non adorerebbe ciò che essa stessa si è costruito. Dice dunque l'Apostolo: «Sorgi, tu che dormi, e lèvati di tra i morti; e Cristo ti illuminerà». Voleva forse l'Apostolo svegliare uno che fosse solo materialmente addormentato? No, svegliava l'anima addormentata spingendola a farsi illuminare da Cristo. Orbene, riferendosi alla veglia dell'anima, questi dice: Dio, Dio mio, presso di te veglio fin dall'alba. Non veglieresti spiritualmente se non fosse sorta la tua luce, la quale ti ha svegliato dal sonno. Perché è Cristo che illumina le anime e le rende deste. Se egli ritirasse la sua luce, esse si addormenterebbero. Per questo a lui è detto in un altro salmo: «Illumina i miei occhi, affinché mai mi addormenti nella morte». Anche se certe anime, distogliendo da lui lo sguardo, si sono addormentate, la luce è ugualmente presente a loro; solo che esse non la possono vedere perché dormono. È come quando uno dorme di giorno. Il sole è già sorto, il giorno è caldo, ma per quel tale è come se fosse notte: non essendo sveglio, non può vedere che è già spuntato il giorno. Così è [spiritualmente] per alcuni. Cristo è già presente; la verità è stata predicata; ma le loro anime dormono ancora. Ebbene, a costoro voi, se siete svegli, dite ogni giorno: Sorgi, tu che dormi, e lèvati di tra i morti; e Cristo ti illuminerà. Perché la vostra condotta, i vostri costumi debbono in Cristo essere cosa viva desta, affinché li notino gli altri, i pagani che dormono, e al rumore della

vostra alacrità si sveglino e, scuotendosi di dosso il sonno, comincino a dire insieme con voi in Cristo: Dio, Dio mio, presso di te veglio fin dall'alba.

La mia anima ha sete di te?

Il cristiano è un'anima assetata di Dio.

5. Ha avuto sete di te l'anima mia. Ecco il deserto dell'Idumea. Vedete in qual modo questi abbia sete, ma vedete anche come la sua sete sia buona. Ha avuto sete di te. Ci sono infatti alcuni che hanno sete, ma non di Dio. Chiunque vuole ottenere qualcosa, brucia dal desiderio; tale desiderio è la sete dell'anima. E vedete quanti desideri vi sono nel cuore degli uomini: uno desidera l'oro, un altro desidera l'argento, un altro ancora desidera le proprietà, un altro l'eredità, un altro denari in abbondanza, un altro numerose greggi, un altro una casa grande, un altro la moglie, uno gli onori terreni, e un altro ancora dei figli. Voi sapete di questi desideri e come essi sono nel cuore degli uomini. Tutti gli uomini ardono dal desiderio; ma quanto è difficile trovare uno che dica: Di te l'anima mia ha avuto sete! La gente ha sete del mondo e non si accorge di essere nel deserto dell'Idumea, ove l'anima loro dovrebbe aver sete di Dio. Noi almeno diciamo: Ha avuto sete di te l'anima mia. Diciamolo tutti, poiché, nella concordia di Cristo, tutti siamo una sola anima: un'anima assetata nel deserto dell'Idumea.

La mia carne, il mio corpo, ti anela?

La resurrezione della carne. Il composto umano dopo la morte.

6. Dice: «Ha avuto sete di te l'anima mia»; in molte maniere di te ha avuto sete anche la mia carne. Poca cosa è che abbia avuto sete la mia anima; ha avuto sete anche la mia carne. Che l'anima abbia sete di Dio, va bene; ma com'è che anche la carne ha avuto la stessa sete? Poiché, veramente, quando il corpo ha sete ha sete di acqua; come quando l'anima ha sete ha sete della fonte della sapienza, alla quale si inebrieranno le nostre anime, conforme a quanto sta scritto in un altro salmo: «Si inebrieranno nell'abbondanza della tua casa e tu li abbevererai nel torrente delle tue delizie». Dobbiamo dunque aver sete della sapienza, dobbiamo aver sete della giustizia. E di ciò ci sazieremo, per quanto ne siamo capaci, al termine di questa vita, quando

raggiungeremo ciò che Dio ci ha promesso, cioè l'uguaglianza con gli angeli. Gli angeli non provano la sete che proviamo noi, non provano la fame che noi conosciamo, ma sono sazi di verità, di luce, di sapienza immortale. Per questo sono beati. E dalla loro sede beata, cioè da quella città, la Gerusalemme celeste, verso la quale noi ora siamo incamminati, essi attendono noi esuli. Hanno compassione di noi, e per ordine del Signore ci aiutano a tornare a quella patria che abbiamo con essi comune, per saziarci insieme con loro alla fonte di verità e di eternità che il Signore ci ha preparata. Allo stato attuale, dunque, l'anima nostra ha sete. Ma di che cosa ha sete anche la nostra carne? Quale è anzi la sua sete in più modi sperimentata? Dice infatti: In più modi ha avuto sete di te anche la mia carne. Se lo dice, è perché anche alla nostra carne è promessa la resurrezione. Come alla nostra anima è promessa la beatitudine, così alla carne nostra è promessa la resurrezione. Sì, la resurrezione della carne ci è stata promessa. Ascoltate e imparate; e tenete a mente quale sia la speranza dei cristiani e per qual motivo noi siamo diventati cristiani. Non siamo infatti cristiani per cercare la felicità terrena che molti posseggono, anche i delinquenti e gli scellerati. Per un'altra felicità noi siamo cristiani: per una felicità che otterremo quando sarà finita completamente la vicenda di questo mondo. Ebbene, sì, ci è promessa la resurrezione della carne: e il significato di tale resurrezione promessaci è che questa carne che ora noi portiamo alla fine risorgerà. Non vi sembri incredibile. Se Dio ci ha creati, quando non eravamo, non potrà ricomporre una carne che già esisteva? Non vi sembri dunque incredibile, anche se vedete imputridire i morti, anche se li vedete ridotti a polvere e cenere; anche se un cadavere viene bruciato, oppure se i cani lo dilaniano, non per questo dovrete credere che esso non risorgerà. Tutti i corpi che, per essersi o disgregati o marciti, sono divenuti minutissime particelle, per Dio sono integri. Ritornano infatti in quegli elementi del mondo donde dapprima erano venuti quando l'uomo venne creato. Noi non vediamo tali elementi primordiali; Dio tuttavia, nella maniera che egli conosce, li rintraccerà, così come, prima che noi fossimo, ci ha formati conforme alla sua sapienza. Orbene, la resurrezione della carne che ci è promessa è tale che, pur risorgendo con la stessa carne che ora portiamo, la carne però non avrà più quella corruttibilità che ora possiede. Ora infatti, fragili e corruttibili come siamo, se non mangiassimo ci sentiremmo stanchi e avremmo fame; se non bevessimo, verremmo meno e avremmo sete. Se rimaniamo svegli per molto tempo, ci stanchiamo e dobbiamo dormire; e quando siamo

stanchi di dormire ci svegliamo. Se mangiamo e beviamo troppo, anche se mangiamo e beviamo per ristorarci, questo esagerato protrarsi della refezione diviene causa di debolezza. Se stiamo molto tempo in piedi, ci stanchiamo e ci dobbiamo mettere seduti; ma anche di stare troppo a lungo seduti ci stanchiamo e dobbiamo alzarci. Osservate inoltre come per la nostra carne non si dia alcuna stabilità. L'infanzia se ne vola passando nella fanciullezza; tu cerchi l'infanzia ed essa non c'è più, perché già al suo posto c'è la fanciullezza. Ma questa in un attimo vola nell'adolescenza; cerchi la fanciullezza e non la trovi. L'adolescente diventa giovane; cerchi l'adolescente e non c'è più. Il giovane diventa vecchio; cerchi il giovane e non c'è. Il vecchio muore: cerchi il vecchio e non lo trovi più. La nostra vita, nelle sue varie età, non si arresta; e dovunque c'è fatica, dovunque stanchezza, dovunque deterioramento. Mirando però alla speranza della resurrezione che Dio ci ha promessa, in tutte queste fasi del nostro decadere noi abbiamo sete di quella incorruttibilità; e così la nostra carne ha sete di Dio in molte maniere. In questa Idumea, in questo deserto, siccome in molti modi si soffre, così in molti modi si ha sete. In molti modi ci si stanca, e in molti modi si ha sete di quella incorruttibilità che non conosce stanchezza.

A questo punto della mia vita, sono una terra deserta, senza acqua, senza Dio?

Dio è il cibo delle anime.

7. Tuttavia, fratelli miei, il cristiano, se è buono e fedele, ha sete di Dio in questo mondo, nella sua stessa carne. Se egli ha bisogno di pane, di acqua, di vino, di denaro, di una cavalcatura, deve chiedere tutto questo a Dio e non ai demoni o agli idoli o a non so quale potere di questo mondo. Vi sono infatti alcuni i quali, quando soffrono la fame (dico della fame fisica), abbandonano Dio e pregano Mercurio, oppure Giove o colei che chiamano la Celeste o qualche altro simile demone perché provveda ai loro bisogni. La loro carne non ha sete di Dio. Coloro invece che hanno davvero sete di Dio, debbono sentirla sempre e dovunque, nell'anima e nella carne, poiché Dio, come dà all'anima il suo pane, cioè, la parola della verità, così dà anche alla carne ciò che le è necessario: poiché Dio ha fatto sia l'anima, che il corpo. Per la tua carne preghi i demoni. Forse che Dio ti ha creato l'anima e i demoni hanno fatto la tua carne? Chi ha fatto l'anima ha fatto anche il corpo; e colui che ha fatto ambedue le cose, ambedue le cose nutre. Abbiano

dunque, l'una e l'altra, sete di Dio, e nella loro molteplice fatica siano ristorate con un unico intervento di lui.

Il deserto della vita presente.

8. [v 3.] Ma quando l'anima nostra e (nelle sue svariate forme) anche la nostra carne hanno sete, e non di chiunque ma di te, Signore (cioè del nostro Dio), dove si trovano ad aver sete? Nella terra deserta e senza via e senz'acqua. Abbiamo detto trattarsi di questo mondo: questa è l'Idumea, questo è il deserto dell'Idumea, donde il salmo ha preso il titolo. Nella terra deserta. È poco dire deserta, cioè dove non abita alcun uomo; essa è per di più senza via e senz'acqua. Vi fosse almeno una via in quel deserto! O almeno un uomo in cui imbattersi, un uomo che sapesse la via per uscirne! Non incontra un uomo che lo consoli; non vede una via, anzi non ce n'è assolutamente. Deve fermarsi. E vi fosse almeno un po' d'acqua! Non potendo uscire dal deserto, potrebbe almeno ristorarsi. Brutto il deserto! orribile e spaventoso! Ma Dio ha avuto misericordia di noi e ha aperto per noi una via nel deserto: il Signore nostro Gesù Cristo. E ci ha procurato una consolazione nel deserto: i predicatori della sua parola. Ci ha offerto dell'acqua nel deserto, ricolmando di Spirito Santo i suoi predicatori affinché si formasse in essi una fonte di acqua che sale fino alla vita eterna. Ecco, noi abbiamo tutto, ma tutto questo non è roba del deserto. E se il salmo ha sottolineato fin dall'inizio le caratteristiche del deserto, l'ha fatto affinché tu, persuaso del male in cui ti trovi, quando incontri in tale deserto una qualche consolazione o compagni di viaggio o tracce di sentiero o sorgenti di acqua, non attribuisca tutto questo al deserto, ma a colui che s'è degnato venirti incontro nel deserto.

Ti cerco nel tuo Santuario, nella tua casa?

Dio ci ha amati prima che noi ci volgessimo a lui.

9. Così nel santuario sono apparso davanti a te, per vedere la tua potenza e la tua gloria. Antecedentemente aveva avuto sete di te la mia anima, e così la mia carne, la quale anzi era assetata in molte maniere. Questo quand'ero nel deserto, nella terra senza strada e senz'acqua. Dopo, io sono apparso davanti a te nel santuario per vedere la tua potenza e la tua gloria. Se uno non comincia a soffrire la sete nel deserto, cioè nel male in cui si trova, mai perverrà a quel bene che è Dio. Ma dice: Sono apparso davanti a te nel santuario. Trovarsi nel

santuario è già una grande consolazione. Sono apparso davanti a te: che cosa significa? Mi ti son lasciato vedere. Avendomi tu visto, io posso ora vedere te. Sono apparso davanti a te per vedere. Non dice: Sono comparso davanti a te perché tu mi vedessi; ma: Sono apparso davanti a te affinché io potessi vedere la tua potenza e la tua gloria. Come dice l'Apostolo: Ma ora, conoscendo Dio, o meglio essendo conosciuti da Dio... Voi prima siete apparsi dinanzi a Dio, affinché, in un secondo momento, Dio potesse apparire a voi. Per vedere la tua potenza e la tua gloria. A dire il vero, in questo deserto, cioè tra l’indigenza di questa terra, se l'uomo pretendesse di trovare mezzi di salvezza forniti dallo stesso deserto, mai riuscirebbe a vedere la potenza del Signore e la sua gloria. Rimarrebbe a morire di sete, e non troverebbe né strada né consolazione né acqua che gli permettano di sopravvivere nel deserto. Se invece uno si eleverà verso Dio e dal più profondo di se stesso gli dirà: La mia anima e la mia carne, in molti modi, hanno avuto sete di te (e questo per non chiedere ad altri fuori che a Dio ciò che è necessario allo spirito e anche alla carne, e per non dimenticare la resurrezione della carne che Dio ci ha promessa), se uno dunque saprà elevarsi in questa maniera, conoscerà non piccole consolazioni.

Mi nutro di Te alla Tua presenza?

Posso contemplare la tua potenza e la tua gloria?

Attraverso la consolazione Dio ci prepara alla felicità eterna.

10. O fratelli, la nostra carne, finché resta mortale e fragile, cioè prima della resurrezione, dispone di alcuni mezzi di sostentamento: il pane, l'acqua, le frutta, il vino, l'olio. Se tutti questi alimenti e queste risorse ci venissero a mancare, non potremmo certo sopravvivere; invece, grazie ad essi, noi viviamo, sebbene non abbiamo ancora ricevuto nel nostro corpo quella perfetta salute che lo libererà da ogni angustia e da ogni indigenza. Così è per l'anima nostra. Finché è unita alla carne e rimane quaggiù fra le tentazioni e i pericoli di questo mondo, è ancora debole; ma trova anch'essa di che sostenersi: l'incoraggiamento della parola, la gioia della preghiera, le soddisfazioni della predicazione. Ecco il nutrimento della nostra anima, come quell'altro lo era del corpo. Ma quando la nostra carne sarà risorta, non avrà più bisogno di alimenti, vivendo ormai nella sua dimora e nella sua condizione di incorruttibilità. Così anche la nostra anima. Essa avrà allora il suo cibo: il Verbo stesso di Dio, per il quale tutte le cose sono state create.

Nell'attesa ringraziamo Dio che non ci abbandona in questo deserto ma ci dona quello che è necessario sia al corpo sia all'anima. E quando da buon educatore ci invia qualche difficoltà, lo fa per stimolarci ad amarlo di più, per impedire che una specie di corpulenza ci deteriori lo spirito e ci faccia dimenticare di lui. Talvolta ci toglie il necessario e ci strapazza: lo fa perché ci ricordiamo che egli è padre e signore, e questo non soltanto quando ci accarezza ma anche quando ci castiga. In tal modo egli ci prepara al possesso dell'eredità incorruttibile e magnifica che ci ha promesso. Fa' il caso che tu abbia intenzione di lasciare a tuo figlio una coppa o l'unica tua stanzuccia o un qualsiasi mobile di casa. Tu lo istruisci perché non se ne disfaccia, e lo castighi anche col flagello perché impari a vivere e non perda nulla di ciò che fu tuo. Anche se sai che lui pure un giorno dovrà lasciare quella eredità come adesso fai tu. Ebbene, non vuoi tu che il Padre nostro ci istruisca anche flagellandoci, anche con le sofferenze e con le tribolazioni, egli che ci darà un'eredità che mai passa? Poiché la nostra eredità sarà Dio stesso, che si donerà a noi affinché noi lo possediamo e siamo da lui posseduti in eterno.

Mi sono forse lasciato vedere da Te nel Tuo santo Tempio?

Credere nella divinità di Cristo.

11. Lasciamoci dunque vedere da Dio nel santuario, affinché egli si manifesti a noi; manifestiamoci a lui nel santo desiderio, affinché egli si manifesti a noi nella potenza e nella gloria del Figlio di Dio. A molti infatti non si è ancora manifestato. Siano nel santuario affinché si manifesti anche a loro! Molti credono che il Cristo sia stato soltanto un uomo. Sentono predicare che egli è nato fra gli uomini, che è stato crocifisso e morì, che ha camminato in terra, ha mangiato e bevuto, e ha fatto tutte le altre cose che sono tipiche degli uomini; per cui credono che egli sia stato tale e quale gli altri uomini. Ma voi avete ora udito, quando è stato letto il Vangelo, in qual modo egli abbia sottolineato la sua maestà: Io e il Padre siamo una cosa sola 17. Ecco quanta maestà (uguale a quella del Padre) è discesa nella carne per soccorrere la nostra debolezza! Ecco quanto siamo stati amati da Dio, prima che noi lo amassimo! Se prima che noi amassimo Dio, siamo stati amati da lui al punto che egli per amore nostro ha fatto diventare uomo il Figlio suo, uguale a lui, che cosa non serberà a noi ora che lo amiamo? Tuttavia molti ritengono cosa da poco l'essere il Figlio di Dio

apparso sulla terra. Dipende dal fatto che essi non sono nel santuario e non si è loro manifestata la potenza e la gloria di lui. Essi, cioè, non hanno ancora santificato il proprio cuore, in modo da comprendere l'eccellenza del suo potere e da ringraziare Dio che, essendo immenso, si è talmente abbassato da nascere e morire per gli uomini. È per questo che non è dato loro vedere la sua gloria e la sua potenza.

Per me, il tuo amore vale più della mia stessa vita?

Apro le mie labbra per cantare le tue lodi?

È dono di Dio se possiamo lodarlo.

12. [v 4.] Perché migliore è la sua misericordia al di sopra delle vite. Molte sono le vite umane, ma Dio una sola vita promette; e non ce la dà per i nostri meriti ma per la sua misericordia. Che cosa infatti abbiamo noi compiuto di bene, da meritarla? Oppure, quali buone azioni avevamo noi premesse, per le quali Dio avesse a darci la sua grazia? Ha trovato atti di giustizia da incoronare o non piuttosto delitti da perdonare? Veramente, se avesse voluto punire i delitti che invece ha perdonati, non sarebbe stato ingiusto. Cosa c'è infatti di così giusto quanto punire il peccatore? Orbene, se è giusto che il peccatore venga punito, fu un tratto della sua misericordia non punire il peccatore ma giustificarlo: fare del peccatore un giusto e dell'empio un pio. Dunque, la misericordia di lui è migliore delle vite. Di quali vite? Di quelle che gli uomini si sono scelte. Uno si sceglie la vita del commerciante, un altro la vita del contadino, un altro ancora la vita del banchiere e un altro la vita militare; uno sceglie questa, uno sceglie quella. Diverse sono le vite, ma la tua misericordia è migliore delle vite nostre. Migliore è ciò che tu dài a chi s'è ravveduto, che non quello che scelgono per sé i malvagi. Tu doni una sola vita, che però è da preferirsi a tutte le nostre vite, quali che siano quelle che noi possiamo scegliere in questo mondo. Perché la tua misericordia è migliore delle vite, le mie labbra ti loderanno. Non ti loderebbero le mie labbra se la tua misericordia non mi avesse preceduto. Ti lodo per un tuo dono; la mia lode è dovuta alla tua misericordia. Io non avrei potuto lodare Dio, se egli non mi avesse dato di poterlo lodare. Perché la tua misericordia è migliore delle vite, le mie labbra ti loderanno.

La mia vita, le mie azioni e le mie parole ti benedicono?

Per amor tuo sarei disposto ad alzare le mie mani verso di te o mi vergogno?

Preghiera e opere buone.

13. [v 5.] Così ti benedirò nella mia vita, e nel nome tuo leverò le mie mani. Così ti benedirò nella mia vita. Nella vita che tu mi hai donata: non in quella che io mi sono scelta tra le molte vite, conformandomi al mondo insieme con gli altri, ma in quella che tu nella tua misericordia mi hai dato perché io potessi lodarti. Così ti benedirò nella mia vita. Che significa: Così? Significa: Attribuendo alla tua misericordia e non ai miei meriti la mia vita nella quale ti lodo. E nel nome tuo leverò le mie mani. Leva dunque le mani nella preghiera! Ha levato per noi il Signore le sue mani sulla croce; le sue mani si sono aperte per noi. Ma queste sue mani si aprirono sulla croce, affinché le nostre fossero protese ad opere buone, dal momento che la sua croce ci ha ottenuto misericordia. Ecco, egli levò le mani e offrì per noi se stesso in sacrificio a Dio, e per mezzo di tale sacrificio sono stati cancellati tutti i nostri peccati. Eleviamo anche noi le nostre mani a Dio nella preghiera; e le nostre mani levate a Dio non resteranno deluse, se si saranno applicate alle opere buone. Che fa infatti colui che eleva le mani? Perché ci si comanda di pregare Dio elevando le mani? Dice infatti l'Apostolo: Levando le mani pure, senza ira né alterco. Il motivo di tale atteggiamento è perché, mentre levi le mani a Dio, abbia a ricordarti delle tue opere. Pensa infatti che le stesse mani che innalzi a Dio per ottenere ciò che vuoi, devi impiegarle nel compiere opere buone, affinché non si vergognino quando si dovranno sollevare a Dio. Nel nome tuo leverò le mie mani. Sono queste le preghiere che eleviamo mentre siamo qui in questa Idumea, in questo deserto, in questa terra senza acqua e senza via, ove per noi Cristo è la via, ma non è una via di questa terra. Nel tuo nome leverò le mie mani.

Di quali cose mi accontento in questo mondo, dove trovo le mie delizie?

La mia bocca ti loda esultante di gioia, rattristata o molto seria?

Cosa chiedere nella preghiera.

14. [v 6.] E che cosa dirò, quando eleverò le mie mani nel tuo nome? Che cosa chiederò? Animo, fratelli! Quando elevate le mani, sappiate cosa chiedere; perché è all'Onnipotente che vi rivolgete. Chiedete qualcosa di grande; non le cose che chiedono coloro che non hanno

ancora la fede. Osservate le cose che vengono date anche agli empi. Ti vien voglia di chiedere al tuo Dio la ricchezza? Ma forse che egli non la dona anche agli scellerati che non credono in lui? E ti sembrerà grande la cosa che vai a chiedergli, se egli l'accorda anche ai malvagi? Oh, non ti dispiaccia sentire che le cose donate da Dio anche ai malvagi sono tanto frivole che appunto possono essere donate anche a costoro. Anzi, è proprio per questo che vengono date anche ai malvagi, perché a te non sembrino grandi. Vengono tutti da Dio i doni terreni, certamente, ma osservate come quelli accordati ai cattivi non abbiano grande valore. È ben altro ciò che serba a noi. Pensiamo pure alle cose che dona ai malvagi, ma per farci un'idea di ciò che tiene in serbo per i buoni. Ecco delle cose che Dio dà ai malvagi. Egli dona loro la luce: e la vedono i buoni ed i cattivi. Dona loro la pioggia che cade sulla terra: e da essa quante cose buone nascono! Tutto ciò è dato ai cattivi e ai buoni, come dice il Vangelo: Dio fa sorgere il suo sole sui buoni e sui cattivi; e fa piovere sui giusti e sugli ingiusti. Naturalmente questi doni che vengono dalla pioggia o dal sole, li potremo chiedere al Signore, quando ne abbiamo necessità. Senza dubbio! ma non dobbiamo contentarci di queste cose sole, che sono date tanto ai buoni che ai cattivi. Che cosa dunque chiederemo, quando solleviamo a Dio le mani? Nel modo come ha potuto ce lo ha detto questo salmo. Che significano le parole: Nel modo come ha potuto? Entro i limiti consentiti alla parola umana rivolta ad orecchi umani. Tutte queste cose sono, infatti, espresse con parole umane e attraverso similitudini accessibili a tutti, anche agli spiriti deboli, anche ai piccoli. Che cosa ha detto? Che cosa ha chiesto? Dice: Nel nome tuo leverò le mie mani. E che cosa riceverà? Come di grasso e di pinguedine si ricolmi l'anima mia. Credete, fratelli miei, che questa anima desiderasse la pinguedine della carne? Non avrà certamente desiderato come cosa di valore che gli fossero uccisi pingui arieti e porci grassi; e neppure avrà desiderato andare in qualche osteria per trovarvi vivande succulente con cui saziarsi. Se così credessimo, dimostreremmo d'essere proprio al livello di simile esegesi. Dobbiamo dunque ritenere che si tratta di realtà spirituali. L'anima nostra ha una certa sua pinguedine: dona sazietà il nutrimento della sapienza, quando è in abbondanza. Le anime che mancano di questa sapienza intristiscono e finiscono per diventare tanto deboli che presto si stancano di ogni opera buona. Perché rapidamente si stancano delle opere buone? Perché la loro sazietà non è completa né cola qual grasso. Ascolta come l'Apostolo parli dell'anima pingue e insegni in qual modo si debba operare il bene. Che cosa dice? Dio ama chi dona con letizia.

L'anima pingue, come potrebbe esserlo se non fosse saziata dal Signore? E tuttavia, se qui è così pingue, quanto più non lo sarà nel secolo futuro, quando Dio stesso ci nutrirà? Mentre siamo in questo esilio, non possiamo neppure dire che cosa saremo di là. E forse, già in questa vita, quando leviamo le mani a Dio, gli presentiamo il desiderio di quella stessa sovrabbondanza e pinguedine da cui saremo saziati che ogni nostra indigenza scomparirà e non avremo più alcun desiderio. Allora infatti avremo tutto quanto desideriamo quaggiù, tutto quanto quaggiù amiamo sommamente. Già morti sono i nostri padri; Dio invece vive. Non ci è stato possibile avere per sempre i nostri padri qui sulla terra; là invece, nella nostra patria, avremo sempre vivo l'unico nostro Padre. Non possiamo essere per sempre sulla terra; è necessario che altri nascano, e per questo nascono i figli dei cittadini di questo mondo, per prendere il posto dei loro genitori. Ogni bambino che nasce dice al suo antenato: Cosa fai tu qui? È questa una necessità: coloro che vengono dopo, coloro che nascono, han da prendere il posto di coloro che li hanno preceduti. Lassù vivremo invece tutti ugualmente. Non vi sarà chi succede, poiché non vi sarà alcuno che muoia. Quale sarà quella patria? Ami tu le ricchezze? Dio stesso sarà la tua ricchezza. Ami una fonte pura? Che cosa sarà più limpido di quella sapienza? Che cosa più splendido? Qualunque cosa tu possa qui amare, al suo posto avrai, lassù, colui che ha fatto ogni cosa. Come di grasso e di pinguedine si ricolmi l'anima mia; e le labbra dell'esultanza loderanno il tuo nome. In questo deserto eleverò nel tuo nome le mie mani. Si ricolmi l'anima mia come di grasso e di pinguedine; e le labbra dell'esultanza loderanno il tuo nome. Ora è tempo di pregare, poiché è il tempo della sete. Quando sarà cessata la sete, cesserà anche la preghiera e le succederà la lode: E le labbra dell'esultanza loderanno il tuo nome.

Ti parlo quando vado a letto, sei tu il mio ultimo pensiero?

Quando non riesco ad addormentarmi, ti cerco e resto con te?

La vita con Dio.

15. [vv 7.8.] Se mi sono ricordato di te nel mio letto, nelle ore mattutine meditavo su di te, perché sei divenuto il mio soccorso. Chiama suo letto la sua pace. Quando si è in pace, ci si ricordi di Dio; quando si è tranquilli, non ci sia, tale quiete, motivo di rilassatezza che ci faccia dimenticare Dio. Chi si ricorda di Dio quando è in pace, penserà a Dio anche nella sua attività. Col nome di "ore mattutine", infatti, egli

intende le sue azioni, perché ogni uomo comincia ad agire di mattina. Che dice dunque? Se mi sono ricordato di te nel mio letto, anche nelle mie ore mattutine meditavo su di te. Se ne conclude che, se non mi fossi ricordato di te nel mio letto, neppure di mattina avrei meditato su di te. Chi non pensa a Dio quando è libero dalle attività, come potrà pensarvi quando in tali attività è immerso? Chi invece si ricorda di lui quando è nella quiete, su di lui mediterà anche quando agisce, in modo da non venir meno nell'attività. Che cosa pertanto aggiunge? E nelle ore mattutine meditavo su di te, perché sei divenuto il mio soccorso. Se infatti Dio non ci sorregge nelle nostre buone opere, queste non potrebbero essere compiute da noi. E noi dobbiamo compiere opere degne della nostra condizione, cioè come chi è nella luce, poiché noi operiamo dietro l'esempio di Cristo. Chiunque opera il male, opera di notte, non alla luce del giorno, come dice l'Apostolo: Coloro che si inebriano, si inebriano di notte; e coloro che dormono, dormono di notte; noi invece, che siamo del giorno, siamo sobrii. Ci esorta a camminare onestamente come chi appartiene al "giorno": Come di giorno - dice - camminiamo onestamente. E di nuovo aggiunge: Voi siete figli della luce, e figli del giorno; noi non siamo figli della notte né delle tenebre. Chi sono i figli della notte e delle tenebre? Coloro che operano il male. Sono tanto figli della notte che hanno timore di far vedere ciò che compiono; e le sconcezze che operano pubblicamente, le compiono di fronte a tutti perché molti come loro le compiono; quanto invece a quelle che solo pochi compiono, le compiono di nascosto. E chi tali cose compie in pubblico, anche se si trova alla luce del sole, è certamente nelle tenebre del cuore. Nessuno dunque opera alla luce, se non chi opera in Cristo. Ma chi si ricorda di Cristo quando è in quiete, su di lui medita in ogni suo atto; e Cristo sarà per lui il soccorso nella buona opera, e non permetterà che egli si stanchi a causa della sua debolezza. Se mi sono ricordato di te nel mio letto, nelle ore mattutine meditavo su di te, perché sei divenuto il mio soccorso.

Quando ho bisogno cerco il tuo aiuto?

Mi sento protetto e felice sotto le tue ali?

Rimaniamo piccoli se ci piace essere grandi.

16. E all'ombra delle tue ali esulterò. Assaporo la gioia delle opere buone, perché sopra di me è la protezione delle tue ali. Se tu non mi proteggessi, dato che sono un pulcino, il falco mi rapirebbe. Dice infatti,

in un passo della Scrittura, lo stesso nostro Signore rivolto a Gerusalemme, cioè a quella città dove fu crocifisso: «Gerusalemme, Gerusalemme, quante volte ho voluto raccogliere i tuoi figli come la gallina i suoi pulcini, e non hai voluto!» Noi siamo piccoli; ci protegga, dunque, Dio sotto l'ombra delle sue ali. E che dire di quando saremo divenuti più grandi? È bene per noi che egli ci protegga anche allora: in modo che noi rimaniamo sempre pulcini sotto colui che è più grande di noi. E sempre egli rimarrà più grande di noi, per quanto noi cresciamo. Nessuno dica: "Mi protegga finché sono piccolo", come se un giorno si possa giungere a una tale grandezza da poter essere sufficienti a noi stessi. Senza la protezione di Dio, non sei nulla. Ci piaccia stare costantemente sotto la sua protezione, poiché saremo veramente grandi in lui, se rimaniamo sempre piccoli sotto di lui. E all'ombra delle tue ali esulterò.

Tutto il mio essere è completamente unito a Te?

Le persecuzioni dei cattivi e la protezione divina.

17. [v 9.] L'anima mia si è stretta a te. Osservate l'uomo desideroso di Dio, assetato di lui. Vedete come gli sta unito. Nasca anche in voi questo sentimento. Se già vi germoglia, sia irrigato, e cresca e giunga a un vigore tale che possiate anche voi dire con tutto il cuore: A te si è stretta l'anima mia. Con quale glutine gli si tiene stretta? Col glutine della carità. Abbi la carità, e sia essa il glutine che unisce l'anima tua a Dio. Non da pari a pari con Dio, ma dietro a Dio: in modo che egli ti preceda e tu lo segua. Chi vuol precedere Dio, vuoi vivere secondo il proprio arbitrio e non si adegua ai comandamenti di Dio. Per questo fu respinto anche Pietro quando volle dare dei suggerimenti a Cristo che si accingeva a soffrire per noi. Pietro era ancora debole e ignorava i vantaggi che avrebbe tratto il genere umano dal sangue di Cristo, allorché il Signore, che era venuto per redimerci e per dare in riscatto per noi il suo sangue, cominciò ad annunziare la sua passione. Pietro fu spaventato al pensiero che il Signore dovesse morire: quel Signore che egli voleva avesse sempre a vivere nel modo in cui allora lo vedeva. Misurava le cose con gli occhi della carne, e quindi nutriva per il Signore un affetto carnale. Gli disse perciò: Non sia mai, Signore! questo non ti accadrà. E il Signore: Va' dietro a me, satana; tu non conosci le cose che sono di Dio, ma quelle che sono degli uomini. Perché: Le cose che sono degli uomini? Tu vorresti precedermi; ma Va'

dietro di me, cioè seguimi, onde poter dire, seguendo Cristo: Si è stretta l'anima mia dietro di te. Giustamente vi si aggiunge: Mi ha accolto la tua destra. Si è stretta dietro di te l'anima mia; e mi ha accolto la tua destra. È questa un'espressione che dice Cristo in noi: cioè nell'umanità che egli s'era assunta per noi e che offriva per noi. Questo stesso dice la Chiesa in Cristo; lo dice nel suo capo, poiché anch'essa ha sofferto quaggiù grandi persecuzioni, e anche ora sporadicamente ne soffre. Chi infatti, appartenendo a Cristo, non è scosso da molteplici tentazioni? Chi non subisce ogni giorno gli assalti del diavolo e dei suoi angeli, volti a pervertire le anime con desideri o con suggestioni, con promesse di guadagno, o con la paura di qualche danno, con la promessa della vita o con il terrore della morte, con l'inimicizia o l'amicizia di qualche potente? Con tutti i mezzi il diavolo ci tormenta per farci cadere. Noi viviamo nelle persecuzioni, noi abbiamo nemici in continuo assalto: il diavolo e i suoi angeli; ma non abbiamo timore. Il diavolo e i suoi angeli sono come falchi; ma finché noi saremo sotto le ali di quella gallina, il diavolo non ci potrà mai toccare: perché la gallina che ci protegge è forte. S'è resa debole per amore nostro; ma, in se stessa, è forte. È infatti il Signore nostro Gesù Cristo, la sapienza stessa di Dio. Anche la Chiesa dice dunque così: A te si è stretta l'anima mia; mi ha accolto la tua destra.

Mi appoggio alla forza della tua destra?

Ho forse rigettato il male e il peccato per amore Tuo e per il bene del mio prossimo?

I giudei puniti da Dio ad opera dei romani.

18. [v 10.] Ma quelli invano hanno cercato l'anima mia. Che male mi hanno arrecato coloro che cercavano di perdere l'anima mia? Oh, se avessero cercato l'anima mia per credere insieme con me! Invece hanno cercato l'anima mia per rovinarmi. Con quale risultato? Non sarebbero certo riusciti a sottrarmi il glutine col quale l'anima mia è unita a te. Chi infatti ci separerà dalla carità di Cristo? La tribolazione, la sofferenza, la persecuzione, la fame, la nudità, la spada? La tua destra mi ha accolto. Ebbene, per quel glutine e per la tua potentissima destra, invano hanno cercato l'anima mia. Queste parole potrebbero essere riferite a tutti coloro che in passato, in varie epoche, hanno perseguitato la Chiesa, come pure a quelli che lo vorrebbero fare oggi; ma esse convengono soprattutto ai giudei, i quali cercarono di far fuori

il Cristo, perseguitandolo nella persona del nostro capo che crocifissero e in quella dei suoi discepoli contro i quali si accanirono in seguito. Hanno cercato l'anima mia. Scenderanno nel più profondo della terra. Non vollero perdere la terra, e per questo crocifissero Cristo. Così precipitarono nel più profondo della terra. Che cos'è il più profondo della terra? Sono le terrene cupidigie. È meglio camminare da vivi sopra la terra, che sprofondare sotto terra per il desiderio. Chiunque infatti con il rischio di perdersi desidera le cose terrene è sotto la terra. Avendo preferito a se stesso la terra, ha come posto la terra sopra di sé, e se stesso sotto la terra. È il caso dei giudei. Temendo di perdere la terra e vedendo che grandi folle andavano dietro al nostro Signore Gesù Cristo, in quanto operava miracoli, come ragionarono? Se lo lasceremo vivo, verranno i romani e ci toglieranno il tempio e il popolo. Ebbero paura di perdere la terra, e precipitarono sotto la terra: accadde loro ciò che temevano. Vollero uccidere Cristo per non perdere la terra; in realtà hanno perduto la terra proprio in quanto hanno ucciso Cristo. Ucciso Cristo, essi furono colpiti da grandi calamità e da persecuzioni.

Gioisco in Te, o Cristo, mio Re?

Cristo nostro re.

20. [v 12.] I giudei preferirono la volpe, e non vollero il re. Il Signore stesso ebbe a chiamare volpe il re Erode, quando disse: Andate e dite a quella volpe... Il re invece, cioè il vero re, è Cristo, secondo il titolo che fu scritto sul cartello, quando fu crocifisso. Pilato infatti fece porre questo cartello sopra la sua testa: Re dei giudei, e lo fece scrivere in lingua ebraica, greca e latina, in modo che tutti coloro che passavano leggessero la gloria del re e la vergogna dei giudei, i quali, respingendo il vero re, avevano preferito la volpe, cioè Cesare. Il re invece si rallegrerà in Dio. Costoro sono divenuti preda delle volpi; Il re invece si rallegrerà in Dio. Colui che essi credevano di avere sconfitto crocifiggendolo, una volta crocifisso sborsò il prezzo e si acquistò tutto il mondo. Il re invece si rallegrerà in Dio; sarà lodato chiunque giura in lui. Perché: Sarà lodato chiunque giura in lui? Perché si è scelto Cristo, non la volpe: quel Cristo che, mentre i giudei lo insultavano, dava se stesso per riscattarci. Noi dunque apparteniamo a colui che ci ha redenti, che per noi ha vinto il mondo, non con truppe armate ma con la croce da tutti derisa. Il re invece si rallegrerà in Dio; sarà lodato chiunque giura in lui. Chi giura in lui? Chi gli dona la propria vita, chi a

lui si vota e mantiene il voto, chi diventa cristiano. Questo significano le parole: Sarà lodato chiunque giura in lui: poiché chiusa è la bocca di coloro che proferiscono iniquità. Quante iniquità hanno detto i giudei? Quante cose malvagie hanno detto, non soltanto i giudei ma anche tutti coloro che, in nome degli idoli, hanno perseguitato i cristiani? Quando infierivano contro i cristiani, credevano di poterli sterminare; in realtà, mentre essi credevano di poter eliminare i cristiani, è successo che i cristiani sono cresciuti e i persecutori sono finiti. Chiusa è la bocca di coloro che proferiscono iniquità. Nessuno osa ora pubblicamente parlare contro Cristo; ormai tutti temono Cristo: perché chiusa è la bocca di coloro che proferiscono iniquità. Quando egli era agnello, vestito di forme fragili e mortali, anche le volpi osavano levarsi contro l'Agnello. Ora che il Leone della tribù di Giuda ha trionfato, le volpi si sono zittite: perché chiusa è la bocca di coloro che proferiscono iniquità.

SEGUNDA MEDITACIÓN: ¿CÓMO ENCENDER EL DESEO DE DIOS?

Espero que les haya ido bien haciendo el ejercicio comparativo con el salmo 62 y que se hayan podido cuestionar cómo están sus deseos frente a Dios. En esta segunda meditación les propongo que hagamos tres momentos: primero hablemos del deseo de Dios dejándonos instruir de Nuestro Padre San Agustín, luego veamos cuáles pueden ser las causas de perder ese deseo y, finalmente, cómo recobrarlo e intensificarlo, no solo en nosotros sino también en nuestro pueblo.

HABLEMOS DEL DESEO DE DIOS

A San Agustín le gusta sorprendernos con maniobras inesperadas y por eso nos cambia el paradigma: el deseo de Dios no comienza por la búsqueda del ser humano, sino de Dios que nos ha buscado y deseado primero. A diferencia de otras religiones donde el hombre busca a Dios entre sombras o en la investigación científica donde un fenómeno es sometido a observación, nuestra fe revela un Dios que, enamorado de la humanidad, ha tomado la iniciativa de crear al hombre, poniendo en su corazón el deseo de Dios mismo y sólo a través de esa capacidad el ser humano podrá relacionarse con Él. Por eso, según Agustín, el ser

humano es el único ser capaz de amar a Dios y de establecer con Él una relación consciente y personal. Aunque toda la creación, de manera irracional y material, alaba a Dios simplemente por existir; solo el ser humano puede experimentar en su interior un deseo auténtico de Dios.

En *Las Confesiones*, San Agustín expresa esta idea con su frase más memorable: «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». El ser humano fue creado para encontrarse con Dios, y solo en ese encuentro alcanza la felicidad plena. Por eso cuando responde fielmente a ese deseo interior, encuentra su propósito; de lo contrario, no solo traiciona su propia naturaleza, sino que también se aleja de la salvación. Dios nos creó para vivir una relación de amor con Él. Quien no alimenta ese deseo de Dios y lo sofoca con lo material, no solo se aparta de su verdadera naturaleza, sino que también se interpone en su propio camino hacia la felicidad. La felicidad, según nuestro Padre, es la plenitud que se alcanza únicamente en Dios, la fuente de vida eterna y alegría sin fin. Nos recuerda en *De Beata Vita* que todos los seres humanos deseamos ser felices, sin embargo, muchas veces no lo somos porque vamos por caminos de muerte, frustración y vacío.

Aquí es donde comienzan los problemas: ¿cómo podemos experimentar el deseo de Dios cuando las huellas de nuestro pecado han marcado bruscamente nuestra frágil naturaleza haciendo que ese deseo quede escondido entre capas de suciedad? Es esa experiencia personal de la cual yo les hablaba en la primera charla y que padre Agustín también vivió. La respuesta contundente dada por él, especialmente ante la controversia pelagiana, será la Gracia, la Gracia de Dios, pues sin ella nos resulta imposible volver a la fuente. Se trata de Dios que, tras nuestras caídas nos inspira volver a Él, luego sostiene nuestra voluntad para que no desfallezcamos y, finalmente, reanima ese deseo que estaba obnubilado entre espejismos. Sería bueno aclarar estos dos conceptos, voluntad y deseo, atendiendo a las acepciones clásicas, para evitar confusiones: el deseo es un apetito que nos pone en movimiento y suele ser asociado más con la fogosidad y la emoción, mientras la voluntad es el poder de decisión, no necesariamente sujeta al deseo o al gusto.

El deseo siendo más visceral responde normalmente a apetitos que pueden ser considerados inferiores. Mientras la voluntad, bajo una conciencia bien formada y la Gracia divina, responde a apetitos superiores. De allí que, pongamos por caso, si yo deseo quedar hasta la

saciedad un viernes santo, la voluntad, que responde a un valor superior, me conduce al ayuno y la penitencia porque aquel día vale la pena ofrecer un acto de amor por Cristo. Es importante tener en cuenta que tanto la una como la otra pueden quedar desorientadas por el pecado, pero bajo la Gracia ambas pueden tornar a su Creador. Por eso, en un camino de conversión, es la voluntad humana inicialmente la que se debe alinear con la Voluntad divina para que se pueda luego rescatar el deseo profundo de Dios. Nos ocuparemos, ahora, de estos dos puntos: la desorientación y, luego, el rescate.

HABLEMOS DE QUÉ NOS HACE PERDER EL DESEO DE DIOS

Lo primero que quisiera decir es que para nosotros los religiosos y sacerdotes, el tema del deseo no es algo accesorio o insignificante, se trata del combustible que debe mantener viva la llama de nuestro ser y quehacer. Los medios para evangelizar, espacios físicos y herramientas para nuestro trabajo como el estudio las tenemos por doquier, el lío es cuando falta el deseo de Dios, cuando laboramos como mulas en las parroquias o en los colegios pero hace falta la compenetración con Aquel para quien trabajamos. El Papa Benedicto XVI en la inauguración del Año de la Fe decía que a veces nosotros los sacerdotes damos por descontada la fe, como si fuera algo de lo cual ya estamos equipados naturalmente para ejercer nuestros ministerios, y no es así, es algo que podemos perder. Hay tantas y tantas oportunidades para acercarnos al Señor, para encontrarnos con Él, pero lamentablemente, también hay muchísimas oportunidades para apartarnos de Él y seguro que ya nos ha pasado.

Ahora bien, ¿Por qué se pierde el deseo de Dios? Son múltiples las razones. Vamos a mencionar unas siete de ellas. Tal vez la primera razón es la que se describe en el capítulo tercero de San Juan: «El que vive en la Verdad busca la Luz. El que vive en el pecado detesta la Luz. Para que no se vea, para que no se conozcan sus obras». Dicho de otra manera, la primera razón por la que se pierde el deseo de Dios es por la conciencia del propio pecado. Es algo así como cuando tú has pedido prestado dinero a un amigo y prometes que lo vas a pagar en un mes, pero como no has tenido modos ya han pasado varios meses sin pagar tu deuda ¿cómo te sentirías si te lo encontraras por la calle o en una reunión de amigos? Tal vez no te sentirías cómodo, sentirías vergüenza. Lo mismo pasa con el pecado, ya que éste afeándome, como dice san

Agustín me conduce hacia las regiones oscuras y luego me oprime con la cadena de la indignidad que me hace rechazar todo acercamiento de Dios, bien sea que Él me busque o que yo tome la iniciativa de volver a restaurar la relación. La conciencia nos acusa porque sabemos que hay algo pendiente. Por supuesto que esto tiene remedio y de eso hablaremos más adelante, pero ¡ay hermanos! cuando el pecado habitual se ha instalado en nuestra vida, se vuelve nuestro inquilino, nos pone unas cadenas que nos atan como perros.

Lo segundo que nos hace perder el deseo de Dios está en las tendencias que deja el pecado que bien podríamos resumir en cinco tentaciones: descuido, negligencia, pereza, inconstancia y desorganización. Yo creo que al menos en una de estas hemos caído todos. Las repito: descuido, negligencia, pereza, inconstancia, desorganización. Santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia, hablándole a Dios dice en *Diálogo de la Divina Providencia* dice: «Tú sacias al alma de un modo insaciable, porque cuanto más te goza, más te busca, y cuanto más te posee, más te desea». Es esta extraña ley en la vida espiritual que Cristo describió con la paradoja «Porque al que tiene se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene» (Mt 13,12). Esto también vale para la vida espiritual, cuanta mayor constancia tenemos en la búsqueda de Dios, producirá más deseo de encontrarlo y el deseo de encontrarlo vigoriza el ejercicio de buscarlo, lo cual genera una especie de saludable ciclo, un círculo virtuoso que funciona a la inversa de un círculo vicioso, pues entre más se busca a Dios más se quiere a Dios, pero entre menos se le busca, también menos se le quiere. Es verdad que estos cinco vicios o tendencias pueden estar muy arraigados en nosotros, hasta el punto de identificarnos con ellos. Pongamos por caso la pereza, puede ser que incluso yo mismo me considere un perezoso, pero si a golpe de voluntad, de decisiones saludables hago esfuerzos contrarios a mis deseos, seguramente estos bucles de oscuridad irán desapareciendo y se incrementará el deseo de Dios. Acuérdate que ésta es una condición fundamental para ir tras el Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16,24).

La tercera causa por la que se pierde el deseo de Dios es la mundanidad, aquella de la que tantas veces ha predicado el Papa Francisco. La mundanidad es aquello que sucede cuando incorporamos los criterios del mundo, cuando aplicamos sus recetas para ser feliz, exitoso, estar satisfecho, encontrar la paz mental, etc. Dicho de otra

manera, es cuando el mundo se convierte en mi maestro para indicarme el sentido de la vida con palabras amables y socialmente correctas que comienzan a regir mi camino. Lo complejo de este tercer punto es que sin darnos cuenta incuba ideas bellas y sofisticadas de forma suave, nada violenta sino convincente, por medio de los gurús del momento con sus libros y videos que captan poderosamente nuestra atención, haciéndonos comprender las Palabras del Evangelio desde una óptica entre comillas "más humana" y, por tanto, menos rígida y anticuada.

A la final, como los anteriores puntos, la mundanidad termina arrebatándonos, más sigilosamente, el deseo de Dios y nos convierte en idiotas útiles de la propaganda del mundo. Terminamos desfigurados a tal punto que nuestro servicio se parece más al de una ONG, un Coach motivacional o un oficinista que al de un sacerdote. Piensa, cuando estás al frente de un cargo administrativo ¿qué ocupa más tu corazón, ser un hombre de Dios o ser un destacado funcionario? Misma pregunta ahora que estás estudiando ¿te preocupas más de Dios o de tus deberes y tus exámenes? ¿Las zarzas ahogan la Palabra de Dios? ¿te gobiernan los criterios del mundo y por eso te hastía lo sagrado? ¿Ya te cansaste de confesar viejitas y le huyes a las monjas? ¿Tu misa parece una carrera a contrarreloj? «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6,21). Hermanos, mucho cuidado porque con facilidad la satisfacción del mundo nos llena de amistades y reconocimientos, que luego nos hacen perder la libertad y, por supuesto, el deseo de Dios.

Pasemos a la cuarta razón por la que se pierde este deseo: el descuido de la liturgia y la oración. No sé ahorita en sus vacaciones cómo les fue en este aspecto, yo creo que a todos nos pasa que por ahí se nos fueron relajando nuestros compromisos religiosos. Habiéndole prometido al Señor el día de nuestra Profesión religiosa que no le faltaríamos a nuestras citas diarias, hemos perdido la oportunidad de encontrarnos con Él a través de los salmos y la Eucaristía. Probablemente hayamos sido fieles a nuestro encuentro, pero no faltan los momentos en que hacemos mecánicos los rezos y con ello no oramos, sino que manoseamos el Misterio de Dios. Esta creo que es una de las fuentes más graves de la pérdida de deseo de Dios, cuando no aprovechamos bien las riquezas de nuestra fe y terminamos despachando salmos a toda velocidad o celebrando sin piedad la misa; no lo hagamos así, nos dañamos la fe y la de los creyentes que ven cómo tratamos sin delicadeza lo sagrado. Démonos el tiempo para estar

con Jesús, tengamos un encuentro bonito con Él y aprovechemos para pedirle por el pueblo que Él nos encomendó.

Quinto punto. Perdemos también el deseo de Dios por la idolatría de la efectividad y el exceso de trabajo o de estudio. A veces sentimos que nuestro ministerio es un medio para lograr objetivos sociales, económicos, políticos, humanitarios, académicos, etc., y por supuesto que la promoción humana es parte de lo que debemos hacer, pero no es la primordial. Atentos, podemos perdemos el deseo de Dios cuando las actividades y los medios se convierten en los fines. Podemos caer fácilmente en esto porque los resultados de una labor social son más rápidos y evidentes que las cosas que podamos hacer con Dios. Es más fácil justificar en un PowerPoint los resultados de una gestión parroquial o académica que reportar a nuestros superiores nuestros avances espirituales. Esto nos puede llevar a caer en la tentación del reconocimiento en comunidad o frente al mundo que nos impone el deber tiránico de ser siempre simpáticos con todos. Nosotros ahora estamos en etapa de estudios, y aquí también está la tentación del efectivísimo, que puede absorbernos a tal punto de asfixiar el sentido de Dios. Nos puede suceder que razonando tanto nuestra fe, utilizando tantos silogismos, comparaciones y deducciones, lo cual es válido y necesario, podemos perder lo más importante, la experiencia directa de Dios, que se vive a través de la fe, en un encuentro personal, de alma a alma.

Sexto: el deseo de Dios se pierde por exceso de una vida social satisfactoria, agitada, apretada, no necesariamente pecaminosa. Una vida social satisfactoria puede ser sana, puede ser como la de Cristo con visitas, encuentros, comidas, paseos, etc. El problema es cuando se pierde la mesura en ello y nos pasa lo que decíamos en el punto anterior con respecto al efectivísimo. Un fraile inseguro de sí y de su vocación coloca su autoestima en lo que piensan los demás o pone sus intereses en las ventajas sociales y monetarias que dichos encuentros le puedan traer. En esta circunstancia el deseo por los otros y sus beneficios opacan el deseo de Dios. Aquí hay que abrir un pequeño apéndice para mencionar las redes sociales que se han convertido en una ventana al mundo entero imposible de cerrar y creo que por allí algunos religiosos han aprendido a hacer una segunda vida, distinta al silencio claustral. Este es un tema preocupante, fuente de muchos desvíos, pero también de grandes oportunidades para salvar almas. Solamente dejo servida una inquietud por este tema nos podría llevar

mucho tiempo: ¿Tú dominas las redes sociales o ellas te dominan a ti? ¿Eres capaz de decir: vasta? Realmente, contemplo con nostalgia los días en que los pastores miraban a la cara a sus hijos y no a la pantalla de un celular.

La última causa que mencionaré por la que uno pierde el deseo de Dios, es la de los prejuicios que confunden espiritualidad con espiritualismo, fanatismo, fundamentalismo o tradicionalismo. Díganme si no es verdad que cuando un fraile es fervoroso, ya comienza a ser tildado de tradicionalista, de rezandero, de fanático. Entonces el miedo a que nos tachen de espiritualistas, el miedo a esas palabras, miedo incluso físico, hace que tratemos de evitar todo lo que nos pueda asociar con esos movimientos que hacen tanto daño a la fe. En todo caso, el fraile que por temor a un señalamiento evita a toda costa ir a la capilla, o que lo vean rezando o usando un sacramental, corre el riesgo de perder el deseo de Dios, porque éste también se despierta a través de la fidelidad a estas cosas sencillas, a través de, por ejemplo, celebrar la tradición popular que nos enseñó nuestra abuelita, pero que por temor al qué dirán la hemos abandonado.

HABLEMOS DE CÓMO RECUPERAR EL DESEO DE DIOS

A raíz de estas observaciones precedentes, pareciera muy obvio que recuperar el deseo de Dios consiste en dar respuesta a cada uno de los elementos que nos arrebatan el deseo de Dios, pero aunque vamos a presentar aquí también siete consejos, no necesariamente están alineados. En realidad, daré indicaciones de sentido común, pero el problema es que a menudo les perdemos de vista. Antes de comenzar la lista me parece importante traer a colación a San Juan de la Cruz que nos menciona las condiciones esenciales para tener la experiencia de búsqueda de Dios: «la noche sosegada, la música callada, la soledad sonora y la cena que recrea y enamora». Realmente es indudable que hay un fuerte vínculo entre estas condiciones y el Salmo 62. Si deseamos esa cena que nos llena de amor, necesitamos primero calmar nuestro interior, silenciar los ruidos externos e internos, soltar las tensiones y alcanzar una paz profunda. Solo así, en la última soledad del ser, podremos acoger el misterio infinito de Dios y adorarlo.

Primera recomendación para recuperar el deseo de Dios. Mis hermanos amados, necesitamos una pausa. Esto que estamos haciendo, por ejemplo, nuestro retiro espiritual, es fundamental para recuperar el

deseo de Dios, pero no solo debería ser esta la ocasión, necesitamos repetidamente pausas, entrar en nosotros mismos, hacer silencio, examinar el camino que llevamos, hacer balance, irnos fuera de casa no solo para pasear sino también para hallar paz, tomar distancia de nuestros deberes. Fíjate que fue Dios quien se le ocurrió la brillante idea del Shabbath, del descanso en Él, por favor, vívelo. Sin eso no podemos avanzar bien como religiosos.

Segundo, hay que dar espacio a un sano arrepentimiento, y digo sano porque no hay que exagerar, pero sí démonos la oportunidad de llorar nuestros pecados. Yo sé que últimamente en la teología nos han insistido mucho en la importancia de la compasión y comprensión ante la fragilidad humana, cosa que de hecho estoy predicando en este retiro, el lio es cuando ello nos conduce a una autojustificación absoluta que elimina toda responsabilidad y culpa, al punto de entender nuestra carne como una deidad maniquea que nos ha hecho caer y que por tanto somos unas pobres víctimas de la debilidad. Si la actitud frente a mi propio pecado es siempre de una tolerancia absoluta, me convertiré en un cristiano insensible a los padecimientos de Cristo. Busquemos tener un dolor saludable frente a nuestras ofensas. Si no nos viene naturalmente, lo tenemos que pedir: «Señor dame un corazón contrito». Eso nos conducirá al arrepentimiento, a hacer una buena confesión, a cambiar lo que daña nuestra relación con Dios y, finalmente, a desearlo más intensamente. No te olvides que las palabras de Nuestro Padre: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé» fueron dichas más en el dolor del tiempo perdido, que en una autocompasión inútil.

La tercera recomendación para recuperar el deseo de Dios y salir hacia su encuentro es hacer memoria de nuestros mejores tiempos, mejores tiempos con el Señor, por supuesto, aquellos que vinieron después de una conversión o de un buen retiro espiritual o tal vez al comienzo de nuestra formación religiosa. ¿Recuerdas esos años, esos primeros años? ¿Recuerdas tus ilusiones, tu deseo de ser de Cristo, de servir a la Iglesia, de llevar el Evangelio? ¿Recuerdas eso? Ponte frente a ese muchacho que tú eras, ponte frente a ti como novicio, frente a ese joven ilusionado por ser sacerdote, ponte frente a él y no le esquives la mirada, míralo a la cara, deja que te haga las preguntas que te quiera hacer. Vuelve a escuchar los propósitos que en ese tiempo tenías, sin ingenuidad por supuesto, pero tampoco sin caer en el cinismo o en el autoengaño. De lo que se trata es de recuperar ese lenguaje de amor,

de cercanía que tú tenías con Cristo, pues de allí viene fuego para recuperar el deseo de Dios. Dios es fiel, él es el mismo ayer, hoy y siempre.

Cuarto, ¿cómo se recupera el deseo de Dios? Hay que cultivar la oración de soledad con el Santísimo, esto es indispensable, eso de estar tú con Él y Él contigo, eso no se reemplaza con nada. ¡Aprende a que Él te haga falta! Luego en su Nombre vamos a servir al mundo entero, a los pobres, a los pecadores, a los jóvenes, a los alejados, todo lo que tú quieras, pero primero Él, primero Él, sin excusas. Santa Teresa de Jesús decía que el encuentro con Jesús es un «trato de amistad», un «estar a solas con quien sabemos que nos ama». Hablar con Dios no es un mero intercambio de palabras, sino un cruce profundo de interioridades: "Estás conmigo y yo estoy contigo". Se trata de establecer una corriente de atención y afecto hacia Dios, estar con alguien que existe de verdad, con el que ES y en Él centrar todo nuestro ser. A su vez, ese Alguien divino se dirigirá hacia nosotros por caminos insospechados del amor, dejándonos receptivos, consolados y pacificados. Si creemos en esa palabra de amor y, con fe, nos abrimos a Dios, el encuentro se convierte en una convergencia de dos interioridades. Dos presencias que se conocen, se hacen mutuamente presentes y se establece un intercambio de: amar y sentirse amado. Creo yo que no hay nada que nos acerque tanto a Dios como su presencia eucarística, por eso hay que ir a la capilla a buscarlo en el Tabernáculo.

Quinto, hay que definir propósitos realistas de oración y de formación, y ¿qué es un propósito realista? aquellos que tienen hora, lugar y fecha. Lo que no está programado no existe en tu vida, no existe en tu calendario, por eso hablamos de propósitos realistas, eso incluye tus lecturas espirituales, confesión periódica, tus visitas al santísimo o algún curso que te fortalezca, obvio no para mejorar tu currículum. En este punto, te recomiendo tengas siempre una agenda diaria, horas muy precisas para tus actividades, porque guardar el orden te guardará de muchos peligros, decía San Agustín.

Sexta recomendación para recuperar el deseo de Dios: hay que activar nuestra relación con nuestro ángel custodio, ¡sorpresa! El ángel de la guarda no es sólo para los niños. Si hay alguien en esta tierra que necesita a su ángel de la guarda somos nosotros los religiosos y sacerdotes, nos lo ha insistido tanto el Papa Francisco, no lo olvidemos. Activa tu relación de cercanía, de amistad, de amor con el ángel custodio y también con tus santos amigos, porque igualmente es

necesario estos confidentes del Cielo que están vivos, acuérdate, vivos, no creemos en un Dios de muertos. Busca a aquellos santos que tú sientes más próximo a tu corazón, ellos te ayudarán mucho, y habla con ellos, claro.

Séptima y última, puede ayudar grandemente una buena dirección espiritual, por lo menos que tengas alguna charla espiritual cada cierto tiempo. No dejes pasar un año, por favor, sin que alguien te escuche, llore contigo o te aconseje. Sé que es difícil encontrar aquellas personas que nos entiendan en las complejidades de nuestro caminar, pero, por favor, no vayas solo por la vida, busca un confidente que te entienda y te dé una guía de vez en cuando. Así sea tan solo escuchar o leer a un maestro espiritual, pero no vayas solo, no te creas un superhéroe cristiano.

Concluyo diciendo que, si te tomas en serio la búsqueda de Dios con voluntad de hierro, seguramente ese deseo ferviente del cual nos habla el Salmo 62 se despertará poco a poco. Ten presente que, si ese deseo lleva mucho tiempo dormido, despertarlo tomará mucho tiempo, disciplina y quizá sea muy doloroso, como cuando te partes un brazo, lo inmovilizan y luego tienes que volverlo a mover; no puedes usarlo de inmediato, tienes que hacer muchas terapias para que poco a poco se vaya despertando, así también sucede en el camino espiritual, poco a poco recuperarás el saludable deseo de Dios para finalmente cantar: «Mi alma tiene sed de Ti, Señor».

Posdata, no te olvides que si no estás convencido y fervoroso en tu ministerio y en tu vida religiosa, difícilmente podrás inspirar al Pueblo de Dios a seguir al Maestro y a enamorarse de Él, pues como decía mi antiguo provincial: “Solo el convencido, convence”, o sea, solo el que desea a Dios, puede hacer que otros también deseen a Dios.